

*"El Deseo De Dios
No Es Que Nos
Convirtamos En
Creyentes, Sino
Que Seamos Sus
Discípulos"*

© 2019 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: diciembre 2019

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-011219-045

“El Deseo De Dios No Es Que Nos Convirtamos En Creyentes, Sino Que Seamos Sus Discípulos”

Ser creyente es sumamente fácil porque este derecho lo obtenemos por medio de la obra que nuestro Señor Jesucristo hizo en la cruz del Calvario. Lo que nosotros hacemos para ser salvos es ejercer fe, tal como lo dice Efesios 2:8 “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios*”. El apóstol Pablo nos dice claramente, que tal fe que ejercemos para ser salvos, ni siquiera proviene de nosotros, sino es un don dado por Dios. Podemos decir, entonces, que nosotros nacemos de nuevo, y somos engendrados por el Espíritu del Señor con sólo creer en Él. La Vida

S
E
M
A
N
A
—
1
—

divina viene a posarse en nuestro espíritu a manera de semilla, la cual tiene que desarrollarse, crecer, y llevar fruto. Ser hijo de Dios, por lo tanto, es algo muy sencillo; sin embargo, seguir al Señor es algo más complicado. No es imposible seguir al Señor, pero sí implica algo más que simplemente creer en Cristo como nuestro Salvador.

En el Nuevo Testamento no encontramos muchos pasajes de cómo ser salvos por el Señor Jesús, sino vemos que la mayor parte está enfocado a cómo nos es necesario seguirlo. Sí hay pasajes que nos hablan de creer en Cristo, pero son muy pocos en comparación a los versos que nos hablan de cómo vivir y seguir al Señor. El Nuevo Testamento está dirigido en su mayoría a cómo debemos desarrollarnos en el Señor.

El deseo de Dios es que los que ya son hijos, lleguen a vivir de tal manera, que manifiesten Su carácter, y hagan las obras de Él. Dios está esperando hijos a Su imagen y semejanza, y para ello los que nacen de nuevo deben convertirse en

discípulos. Un discípulo es aquel que está definido a ser y a aprender todo de su maestro. En la antigüedad el concepto de un maestro no es como hoy en día; a los maestros de este tiempo lo único que se les exige es que tengan el conocimiento necesario de lo que van a enseñar, pero a nadie le importa su vida moral. En los tiempos antiguos, la educación secular iba de la mano con la educación moral y espiritual del maestro. En el contexto bíblico, un discípulo era alguien que estaba aprendiendo a ser como su maestro, y además, alguien que aprendía a hacer lo que su maestro hacía.

El Señor Jesús debe ser nuestro maestro, Él se hizo carne, y habitó entre los hombres para darnos ejemplo de cómo debe ser la Vida divina caminando en un ser mortal. No necesitamos ir al cielo para que Dios nos enseñe cómo amar. La Vida de Cristo relatada en los Evangelios nos muestra cómo debemos amar. El Señor quiere que nosotros seamos Sus discípulos, pero un problema que tenemos la mayoría de los creyentes es que no tenemos la capacidad

inherente para ir en pos de Él. En otras palabras, muchas veces queremos seguir al Señor, anhelamos ser Sus discípulos, pero nos topamos con un muro interior que nos imposibilita ir en pos de Él. A veces nos desanimamos cuando vemos que no damos la medida espiritual para ser discípulos del Señor, pero eso Él ya lo sabe. El Señor como buen maestro nos va a enseñar de manera progresiva, tal como sucede con los infantes, ellos no empiezan las clases de matemáticas aprendiendo a sacar raíz cuadrada, si no que primeramente aprenden los números, y luego van avanzando en el conocimiento. El Señor de igual manera no nos va a pedir cambios abismales de la noche a la mañana, sino que Él sabe llevarnos en una forma progresiva. Si desde este momento nos disponemos a ser discípulos del Señor, tarde o temprano veremos cambios en nosotros, pero si no nos disponemos a ser discipulados por Él, jamás veremos cambios.

Todos venimos delante del Señor con una gran incapacidad, y será tarea de Dios en

su momento irnos libertando, purificando, y transformando hasta que seamos conformados a Su imagen y semejanza. Dios es Poderoso, en su momento Él puede llegar a colocarnos como “huios” (palabra griega que quiere decir: “hijo maduro”). Los que se dejen discipular en esta era, y lleguen a ser como el Señor, cuando Él venga en Su Reino los pondrá a reinar con Él. No debemos decepcionarnos de vernos a nosotros mismos, más bien debemos disponernos a ser discipulados, y creer que Aquel que nos llamó es capaz de convertirnos en discípulos dignos de la gloria de Él.

Coloquémonos en la escuela de Cristo, sintamos que nos hemos inscrito en su nómina, y que el Dios del cielo nos ha aceptado como Sus discípulos. El punto es que empecemos a recibir progresivamente una enseñanza hasta que seamos como Él es. La vida cristiana no se trata de sólo congregarse una vez a la semana, ni tampoco se trata de llevar a cabo un cúmulo de actividades, sino de hacer una vida con el Señor. Los hombres han

convertido a Dios en actividades, en horarios, en ciertos días de reunión, sin embargo, lo que Dios nos propone es una Vida divina constante fluyendo en nosotros. La simiente divina la llevamos siempre en nosotros, de modo que podemos aprender de Dios constantemente, ya sea en nuestro trabajo, en nuestros paseos, en nuestra casa, y en todos lados. Si logramos captar que la Vida de Dios la cargamos en nuestro interior, la escuela de Dios no se detiene en nosotros, y cada vez podemos ir ganando más y más cursos (hablándolo figurativamente). Al ir en pos del Señor, a veces vendrán pruebas sencillas, en otras ocasiones serán más difíciles, pero debemos ir acumulando puntos para con Dios. La escuela divina nos examina a cada momento, en la vida cotidiana, en el día a día, y no sólo en las reuniones de Iglesia como piensa la mayoría. El Señor Jesús es dinámico, Él no está amarrado a un día específico, Él anda en, y con nosotros todos los días, y a cada momento; por eso Él dijo: “*Si alguno quiere venir en pos de mí...*”, en otras palabras, Él no está en el mismo lado, Él se mueve. La Vida

en Cristo es cambiante, es evolutiva, nunca es igual, es similar a una planta viva, que siempre se mantiene en crecimiento, pero si no se cuida, también se marchita.

Cuando el Señor vino a este mundo, y llamó a algunos a que fueran Sus discípulos, tuvieron que dejar familias, trabajos, y sus metas personales, porque el maestro no se quedaba en un solo lugar, Él caminaba, iba de una ciudad a otra, y los discípulos siempre andaban con Él. El modo de vivir de Cristo debe ser para nosotros una gran lección, nos muestra que debemos cambiar, que debemos seguir al Señor, no debemos ser estáticos, inamovibles, casi estatuas. Ya dejemos la enseñanza evangélica que nos enseñó a ser rutinarios y visitantes de los templos cada ocho días. La Vida de Cristo en nosotros debe ser un asunto diario; si caminamos con el Señor en el día a día, nos veremos fortalecidos espiritualmente, y si no caminamos con Él, también nos vamos a ver decaídos y marchitos.

La Necesidad Del Discipulado

El verdadero discípulo es aquel que entiende que, desde su conversión al Señor, ha sido llamado a algo más que el hecho de haber sido salvado eternamente. Si nosotros empezamos nuestra caminata cristiana haciendo de Dios un benefactor, nuestro futuro estará completamente errado. Desgraciadamente es la concepción que nos vendieron a la gran mayoría de nosotros; a través del tiempo, el Evangelio cambió totalmente la visión original que representa predicar a Cristo.

Cuando nos convertimos al Señor, a la gran mayoría nos dieron la imagen de un Dios que está presto a suplir, y a llenar todos nuestros gustos y necesidades, de modo que todo el tiempo estamos pensando en lo que Dios nos puede dar. La imagen de un Dios benefactor, en la práctica, se llega a convertir para muchos en un cuento como el “genio de la lámpara de Aladino”, alguien que cuando lo encuentran automáticamente concede

tres deseos; así piensan muchos de Dios, que Él les habrá de conceder todos sus deseos.

El verdadero Evangelio no es la varita mágica que hace realidad nuestros sueños, el verdadero Evangelio es aquel que, nomás nos convertimos, nos llama a que nos hagamos discípulos. El Evangelio original, el que predicó nuestro Señor Jesús, vendrá a ponerle responsabilidades, trabajo, demandas de servicio, etc. aún a los recién convertidos. Es más, el Señor presentó el Evangelio de la siguiente manera: “*Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. v:25 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará*” (Mateo 16:24–25). Con este verso podemos ver que cuando nos convertimos al Señor, Él nos ve en calidad de discípulos. El sustantivo que se usó en los Evangelios para nombrar a aquellos que iban en pos del Señor fue: “discípulos”, y pongamos atención a lo siguiente, la palabra

“cristianos” que hoy se usa (para referirse a los seguidores de Cristo) no se originó en labios del Señor, sino fueron los hombres quienes los llamaron así (Hechos 11:26).

Alguien dirá: ¿Acaso Dios no nos ve también como hijos? ¡Sí!, pero precisamente porque nos ve como hijos Suyos también espera que seamos Sus discípulos. Cuando viene un niño al mundo, los padres no desean que esa criatura un día llegue a ser su hijo, pues, es su hijo biológico desde el momento que lo engendraron; sin embargo, es normal que los padres empiecen a tener expectativas de lo que serán sus hijos en el futuro. Algunos padres sueñan que sus hijos sean médicos, otros esperan que sean ingenieros, etc. Es lo normal que todo padre quiera darle una buena formación a sus hijos. De igual manera, Dios no espera que seamos Sus hijos, pues, desde el día que lo aceptamos Él nos ve como hijos; sin embargo, Él desea que nos convertamos en discípulos.

La relación que Dios quiere tener con nosotros no es la de un benefactor, Él como buen Padre sabe lo que necesitamos, y es Su deseo y responsabilidad proveernos lo necesario; lo que Él quiere es que crezcamos, y nos desarrollemos según lo que Él tiene propuesto en Su corazón para con nosotros. Hoy en día muchos Hijos de Dios han cambiado la visión primigenia del Evangelio, y la razón de ello es que nadie quiere tener responsabilidad. Al llamarnos discípulos lo primero que nos va a suceder es que tenemos que responsabilizarnos por lo de Dios. Es más fácil, por lo tanto, el Evangelio que nos ofrecen hoy, un Evangelio que hace quedar a Dios como el ser que tiene que suplirnos todas nuestros deseos y necesidades.

Al revisar los evangelios podemos ver que el Señor nunca centralizó su ministerio en salvar a los hombres. Obviamente, para que Israel entendiera que Jesús era el enviado de Dios, Él hizo muchos milagros; sin embargo, en muy pocos pasajes encontramos que el Señor hablara de la salvación eterna. El Señor no habló mucho

de la salvación a Israel, por la sencilla razón de que toda esa nación debería haber sido contada como hijos de Dios, por lo tanto, su mensaje para ellos fue que se hicieran discípulos. La primera vez que el Señor Jesús predicó acá en la tierra, sus palabras fueron: “*Arrepentíos porque el Reino de los Cielos se ha acercado...*”; este mensaje no era para arrepentimiento de pecados, sino para arrepentirse por la falta de responsabilidad que ellos tenían como nación para con el reino de Dios.

Debemos dejar atrás esa mentalidad de querer ser siempre los niñitos de Dios; sí somos Sus hijos, pero más llenaremos el corazón del Padre si nos convertimos en discípulos. Un padre normal no va a desear tener a un hijo de cuarenta años con los mismos cuidos como cuando era un recién nacido; todo padre desea que su hijo se vaya valiendo por sí mismo en todos los aspectos de la vida. Dios nos tomó en cuenta como hijos desde que creímos en Cristo, seamos como seamos somos Sus hijos eternamente, ahora bien, Él no quiere que nos quedemos en condición de niños

espirituales, sino que Él desea que seamos discípulos.

¿Qué pretende el Señor al hacernos Sus discípulos?

1. Que Seamos Creyentes Que Tengan Su Imagen Y Su Semejanza.

Esto significa que seamos como Él es, y que además, tengamos la naturaleza (*orgánica-corporativa*) que Él tiene. Los problemas que tenemos los creyentes en este siglo es la falta de discipulado, si no emprendemos la ruta de ser discípulos jamás seremos conformados a Su imagen y semejanza. La naturaleza de Dios en nosotros, y Su manera de ser no brotará en nosotros de la nada, es necesario volvernos discípulos. Si no tenemos el carácter de Dios al día de hoy es porque no hemos sido discipulados. No nos sintamos bajo condenación si no reflejamos en nuestro vivir el carácter de Dios, pero no es correcto quedarnos sin corregir esta situación. La meta de un buen discípulo es llegar a ser como Su maestro. Vemos pues, que un objetivo del discipulado es que

nos parezcamos a Dios, tanto en Su carácter, como en Su naturaleza. Es una tarea nuestra, entonces, parecernos al Señor. Esto no va a surgir sólo por ser hijos de Dios, tenemos que crecer en la Vida divina y menguar en nuestra naturaleza. En lo natural, si alguien tiene el don para ser un futbolista, al integrarse a una escuela le empezarán a exigir responsabilidad, que entrene, que se supere a sí mismo, tiene que pulir su talento. Igualmente es lo que Dios espera de nosotros, que dejemos de ser simples mortales y seamos un reflejo de Él.

El esfuerzo que debemos hacer para ser iguales a Dios no necesariamente es un esfuerzo legalista y carnal, lo podemos hacer por el espíritu. Los discípulos que anduvieron con el Señor experimentaron una pérdida de su “yo”, perdieron su identidad, fueron anulados. Aún al final del ministerio de Cristo, los discípulos fueron depurados de su “yo”; Dios se encargó de quebrar el ímpetu de Pedro, también le mostró a Tomás el problema de su incredulidad, y así con cada uno de

ellos, fueron tratados hasta quedar anulados de sí mismos. Hablaremos más detenidamente sobre esto más adelante.

2. Que Nos Involucremos En Llevar A Cabo Su Propósito Eterno.

Tarde o temprano el Señor tiene que servirse de nosotros. Si un carpintero toma a alguien como discípulo, y le enseña día tras día a hacer muebles, su primer objetivo se verá cumplido cuando el ayudante pueda hacer los muebles igual que él, pero si después le dice: “*Ya puedes hacer muebles, vete a tu casa*”, ¿De qué sirve que el ayudante haya aprendido a hacer muebles si no va a ser usado para producir? Si Dios no nos puede usar en Su Reino, ¿qué objetivo tiene que seamos conformados a su Imagen y Semejanza?. ¡Ninguno!

Dios tiene un propósito para nosotros, y es por eso necesario ser discípulos. Primeramente, debemos prepararnos para ser como Él es, para luego actuar como Él quiere. Tal vez nosotros pensemos que

esto es complicado, pero cualesquiera que sean las circunstancias que nos toquen vivir, procuremos hacer Su voluntad. Estemos donde estemos, y bajo cualquier circunstancia que nos toque vivir, siempre tendremos un propósito divino que cumplir, es lo menos que Dios espera de nosotros.

Debemos convertirnos en instrumentos útiles para Su Reino, para eso nos escogió Dios en Cristo Jesús.

Un detalle bien interesante que vemos en los Evangelios es que cuando Él vuela no va a arreglar cuentas con hijos, sino con siervos, en otras palabras, queramos o no, un día Dios nos va a juzgar como a siervos, y en base a las obras seremos aprobados o reprobados. Yo tengo un hijo ya adulto, y cada día que pasa espero que él se conduzca según su edad, y que sea más responsable en todos los aspectos de la vida; yo me siento complacido de ver su buen proceder, y aunque ya no viva en mi casa me alegra el corazón verlo como un hombre. Esto mismo espera Dios de

nosotros. Debemos aprender a conocer la voluntad de Dios para el día a día, y de ser posible, la voluntad formativa que Dios quiera que nos ocupemos para el futuro. Imaginémonos que Dios quiera enviar al hermano Fulano a Francia, lo primero que él debe hacer es aprender a hablar el idioma francés, para que unos cuantos años después Dios se lo lleve a ese lugar a anunciar el Evangelio. Pero en este tiempo estamos tan desconectados del servicio al Señor, que ni siquiera le podemos servir en nuestra comunidad.

No hagamos de nuestra comunión con Dios una lista de peticiones personales, ni tampoco una espera interesada por recibir algo de Él. Seamos en este tiempo conforme al corazón del Hijo, Aquel que en algún momento de la eternidad escuchó la voz del Padre diciendo: ¿A quién enviaré? Y Él respondió: “*Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad*”. Así fue Cristo, el Hijo de Dios, Él respondió a la voz del Padre; a esa imagen y semejanza del Hijo debemos ser conformados, a estar atentos a lo que el Padre quiera.

Si nos disponemos a ser discípulos (pues, es una decisión de cada corazón) tarde o temprano se nos presentarán las oportunidades para servirle al Señor. ¡Amén!

El Verdadero Discípulo.

Un buen maestro lo que hace primeramente con sus alumnos es hacerles ver que no saben nada, y demostrarles que lo que creen saber no sirve. No hay alumno más enfermizo e inepto para aprender que aquel que se cree igual a su maestro. El Señor Jesús en una ocasión dijo: “*El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro*” (Lucas 6:40). Cuando nosotros venimos al Señor, muchas veces nuestro conflicto es que creemos que en un par de semanas ya aprendimos todo lo referente a Dios, y en poco tiempo nos sentimos teólogos. Hay creyentes que vienen al Señor y creen que por haber sido “salvados” ya no tienen

conflictos, y que ya todo en sus vidas es felicidad. ¡Cuán lejos están tales creyentes de una verdadera transformación y una vida de victoria!

En los Evangelios el Señor les llamó “discípulos” a todos aquellos que lo seguían. En otras palabras, el Señor no fue selectivo, sino dejó que todo aquel que quisiera venir en pos de Él, lo siguiera. Esto fue así porque siempre estuvo en el corazón de Dios que el hombre fuera como Él. Todos los que creemos en Jesús podemos llegar a ser como Él. Somos nosotros, los creyentes de esta era, los que no hemos divorciado el hecho de ser “creyentes” con ser discípulos. Lo que muchos hacen hoy en día es decirle a las personas que crean en Jesús, pero casi nadie los insta a que se vuelvan Sus discípulos. Es más fácil decir que somos creyentes en el Señor, que hacernos Sus discípulos. Hoy en día ya casi nadie quiere pagar el precio del discipulado. Bajo la perspectiva divina, todo aquel que es creyente es candidato a ser un discípulo. Dios no quiere que nos quedemos

estancados, cada día que estemos en esta tierra debemos encaminarnos a la transformación. Ni siquiera en una posición de líderes debemos quedarnos estancados, cada vez debemos avanzar en pos de parecernos más a Cristo. Un padre debe parecerse a Cristo, un esposo debe parecerse a Cristo, y así, todos los creyentes debemos ir en pos de esa meta.

Ante los ojos de Dios todos los que hemos nacido de nuevo somos discípulos, pero el verdadero discípulo es el que acepta serlo, es decir, aquel que reconoce que Dios lo necesita como tal. Esto del discipulado no es el único camino que el Señor nos puede revelar para que obtengamos nuestra transformación interior, pero con toda certeza podemos decir que éste es uno de los más eficaces.

Dice Lucas 6:40 “*Un discípulo no está por encima de su maestro; mas todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro*”.

En este pasaje podemos ver dos cosas:

a) *El discípulo debe estar por debajo de su maestro.* Esto quiere decir que el discipulado es una etapa en la que el creyente debe aprender a someterse. El que es un verdadero discípulo debe reconocer autoridad; esto no se trata sólo de reconocer que Dios es la autoridad, sino de reconocer la autoridad a través de los líderes de la Iglesia local. Todo aquel hermano que no acepte una ordenanza de parte de los líderes no es un discípulo, y por lo tanto, debemos esperar a que Dios los lleve al punto de que se rompan sus programas que los inducen a revelarse a todo tipo de autoridad. Una de las cosas iniciales que debemos aprender en el discipulado es reconocer la autoridad, y no sólo a nivel de Iglesia, sino en todas las esferas. Por ejemplo, los hijos no sólo deben obedecer a los ancianos de la Iglesia, sino que deben ser obedientes primeramente con sus padres. Las mujeres igualmente deben someterse a sus maridos, y los varones también deben aprender a obedecer la autoridad

de Dios a través de diferentes maneras. Muchas veces las hermanas son más entrenadas en cuanto a la autoridad porque constantemente se les dice que se sometan a sus maridos, pero muchos varones se vuelven intocables, creen que nadie les debe decir nada por ser la cabeza de la casa. También los varones deben ser discípulos, también los esposos deben romper sus programas emocionales, así como le tocó a Pedro cuando el Señor le dijo: “Sígueme...”. Un discípulo tiene que obedecer, tiene que estar entrenado en la obediencia.

- b) *El discípulo debe de ser preparado con el fin de que llegue a ser como su maestro.* Esto quiere decir que debemos tener conciencia de que estamos en la escuela del discipulado. Cuando reconocemos que somos alumnos, nos disponemos a ser discipulados.

El Señor Declara A Sus Discípulos La Necesidad De La Cruz

S
E
M
A
N
A

—
3
—

Mateo 16:21 “Desde entonces Jesucristo comenzó a declarar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. v:22 Y tomándole aparte, Pedro comenzó a reprenderle, diciendo: ¡No lo permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá. v:23 Pero volviéndose El, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres piedra de tropiezo; porque no estás pensando en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. v:24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. v:25 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. v:26 Pues ¿qué provecho obtendrá un hombre si gana el mundo entero, pero pierde su alma? O ¿qué dará un hombre a cambio de su alma?”

Me interesa mucho la primera frase del pasaje, la cual dice: “*Desde entonces...*” la idea, o lo que realmente nos quiere transmitir esa frase es: “*a raíz de, o a partir de... el Señor comenzó a declarar la necesidad de la cruz a sus discípulos*”. Con esta frase el Señor hace una recopilación de los versículos anteriores para poder impartirles este mensaje de la cruz.

Primeramente, quiero comenzar señalando cuáles fueron los eventos por los cuales el Señor se vio en la necesidad de declararles a sus discípulos la importancia de la cruz.

Anteriormente a estos pasajes, el Señor les hace una pregunta a sus discípulos y quiero que leamos algunos versos en relación a esto:

Mateo 16:13 “*¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?*”... v:16 “*Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*”... v:17 “*Y Jesús, respondiendo, le dijo:*

Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. v:18 Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.v:19 Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos.”

Primeramente, diríamos que el Señor procura enfocar a los discípulos en su propia persona. Él les hizo una pregunta de sí mismo, y seguido a eso, se vale de la maravillosa respuesta que el apóstol Pedro recibió por revelación del Padre. El Señor usó esa conversación para luego dispensar y encaminar a los discípulos a comprender el misterio de Cristo y la Iglesia.

Después de haber recibido un resumen del misterio, parafraseando el pasaje, Cristo les dijo: “*Sobre la misma base de la roca que soy Yo, se levantará mi Iglesia. Yo mismo edificaré mi Iglesia y no habrá poder del enemigo capaz de*

detener lo que haré con fines eternos. Además, Pedro, eso que haré con mi Iglesia, te daré a tí las llaves del Reino". Las llaves del Reino, que el Señor le mencionó a Pedro, son las llaves de la *Oikonomia* de Dios, no son las llaves simbólicas de una ciudad, sino el sentido es la manera de cómo se le entregan las llaves al mayordomo de una casa. Dichas llaves habrían de servirle no solo a Pedro, sino también a todos nosotros; y no solo para administrar, sino también para conducirnos y para guerrear como parte del Reino de Dios que somos, pues, somos la Iglesia del Señor.

Entonces, ese paquete de revelación, hizo que el Señor tuviera que agregar un mensaje muy importante para los discípulos, mensaje que nos incumbe también a nosotros. Posiblemente usted ya tenga la revelación que le dieron a Pedro; si es hijo de Dios, en lo mucho o en lo poco le han revelado el misterio de Cristo y la Iglesia, y nuestra responsabilidad que tenemos en cuanto a éste.

Tal revelación incluye desde nuestra salvación hasta nuestra redención en Cristo, pero todo esto necesita de una piedra angular, de un asunto indispensable para que las cosas del Señor se cumplan y tengan un buen desarrollo en este tiempo. Es necesario que el Señor edifique Su Iglesia, que hayan hombres y mujeres de Dios que puedan abrir las puertas necesarias para desarrollar Su economía para este tiempo. Pero nada de eso es realizable, a menos que nosotros vivamos el resto del mensaje de la revelación que Cristo les amplió a sus discípulos. Es por eso que es tan importante el verso 21, pues dice: “*Desde entonces Jesucristo comenzó a declarar...*” desde que Cristo amplió la revelación de quién era, también le fue necesario declararles un mensaje bien específico.

Ahora que el Señor se había dado a conocer a sus discípulos, Él les declara lo siguiente: “*debo ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas...*” Cuando el apóstol Pedro oyó esto le empezó a reprender y a decir: “*No lo*

permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá". Alguien podría pensar que Pedro, a pesar de que era un hombre lleno de errores, lo que quería manifestar era el amor que le tenía a Jesús y su deseo de no verlo sufrir. En realidad Pedro, lo que no quería era verse involucrado en los problemas de Jesús. Si Cristo habría de padecer en Jerusalén, y Pedro caminaba todos los días con Él, sabía que de una u otra manera se vería afectado por el sufrimiento de Jesús. Hermanos, a estas alturas del mensaje que el Señor le dio a Pedro, y aun a ustedes, yo les pregunto: ¿Aún quieren ver al Cristo corporativo edificado y venciendo a Satanás en la tierra? Hoy por hoy, también nos tocará vivir el mensaje que vino después de aquella gloriosa revelación: "*es necesario Sufrir con el Señor*".

La palabra que Dios nos da de gracia, si no es tratada sustancialmente por la cruz, se vuelve inerte en nuestras vidas. Difícilmente alcanzaremos a conocer la plenitud del mensaje que Cristo les compartió a sus discípulos, si no

caminamos la ruta de la cruz. Pedro, que había sido puesto para ser una piedra integral de la Gran Roca, sólo hubiera sido más que una piedra de tropiezo sin el mensaje de la cruz. Esto es lo que somos nosotros ahora sin la cruz, somos más tropezadero que un fundamento de edificación para la Iglesia. No necesitamos solamente recibir un mensaje que nos revele a Cristo, también necesitamos una operación Divina que nos quiebre. Solamente si vivimos el mensaje de Mateo 16:24-26 podremos vivir el mensaje que Cristo compartió en Mateo 16:15-19.

Necesitamos la cruz para que nos trate y nos quiebre de tal manera, que seamos confiables para Dios. ¿Qué hará la cruz? Ella eliminará todo aquello que no le es útil a Dios en Su economía. Oremos para que junto con la revelación del misterio de Cristo, venga un quebrantamiento a nuestras vidas, igual de grande, para que no caiga a tierra la revelación. La Luz de Dios es necesaria, pues, es la guianza de Dios para el hombre; pero si el hombre no

le ofrece a Dios una vida crucificada, de nada servirá la palabra. Con el fin de que el tesoro de la doctrina y la revelación tenga un lugar en nuestra naturaleza humana, necesitamos ser quebrados por la cruz del Señor.

La cruz no es propiamente cualquier dolor que podamos estar atravesando, porque si eso fuera, hay muchos que ni siquiera son creyentes y sufren más que nosotros. La cruz no es el sufrimiento en sí mismo, la cruz es la negación de nosotros y la aceptación de todo aquello que Dios quiere darnos. Cuando el Señor nos dice que tomemos la cruz, nos dice primero que nos neguemos, pues nadie puede tomar la cruz sin negarse a sí mismo. La cruz es negar nuestra voluntad, nuestros deseos, metas, ambiciones, y todo lo que somos y queremos ser.

Si queremos que la revelación tenga un lugar en nosotros, neguémonos a nosotros mismos y a todo lo que este mundo nos ofrece. La eficacia de la cruz no es el dolor que podamos atravesar, sino dejar de

proveerle vida a nuestro “yo”. Si somos hijos de Dios tendremos la capacidad de negarnos a nosotros mismos y aceptaremos la cruz; sólo así seguiremos en pos de Cristo.

El Discípulo Es Aquel Que Permanece En La Palabra.

Algunos tal vez se preguntarán: ¿Por qué Dios no me habla?, ¿Por qué Dios no me dice nada? Pues, es obvio, ha de ser tedioso para Él tener que hablarle a alguien que tenga su mente y corazón puesta en otras cosas, menos en Su voluntad. Tomemos tiempo para inquirir lo que el Señor quiere de nuestras vidas, bajo una actitud de decirle: “Señor úsame por favor para tu Reino”. No podemos ser cristianos “acuartelados”, que lo único que hagamos sea congregarnos. Es necesario servirle al Señor, si no tenemos eso en mente se nos va a hacer difícil orar, leer la Biblia, bosquejar algún pensamiento, pues, qué sentido tienen todas estas actividades espirituales si no le servimos al Señor.

S
E
M
A
N
A
—
4
—

Dice Juan 8:31 “Entonces Jesús decía a los judíos que habían creído en El: Si vosotros permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos”. El Señor usa la frase: “verdaderamente sois mis discípulos” a manera de una condición. En otras palabras, hay una condicionante para ser “verdaderos” discípulos del Señor, esta es: “Permanecer en su palabra”. El que no cumple con esta condición no es verdadero discípulo del Señor, es un discípulo a medias. El discipulado necesita dos partes activas: un maestro dispuesto a enseñar, y un alumno dispuesto a aprender. Dios por Su lado siempre desea discipularnos, por lo tanto, nosotros debemos ser responsables con nuestra parte, que es ser discípulos.

Nosotros hemos mal interpretado las palabras del Señor en cuanto a lo que significa: “permanecer en Su palabra”, porque muchos creemos que se trata de “aprender”, “memorizar”, o “hablar” la palabra, pero no se refiere a ninguna de éstas cosas. La palabra “permanecer” significa: “quedarse”, o “pernoctar”, como

cuando alguien es invitado a quedarse a dormir en una casa, lo cual no implica una conversación propiamente, sino “estar”. Permanecer en la palabra, por lo tanto, no se refiere a una actividad lingüística o de razonamiento, sino a una actitud de estar cerca de la Palabra. Un discípulo debe tener esta actitud ante la “palabra”, debe estar cerca, debe estar atento. No estamos diciendo que no debemos leer, razonar, o memorizar la Biblia, está bien si lo hacemos, pero tengamos claro que eso no es “permanecer en la palabra” según lo que dijo nuestro Señor Jesucristo. La liberación que obtenemos a raíz de permanecer en la palabra no depende del coeficiente intelectual que tengamos, sino de cuánto permanecemos ante ella.

Luego el Señor dice en *Juan 8:32*“... y *conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*”. Este verso nos confirma que para ser liberados, o transformados, necesitamos conocer la verdad, lo cual, sólo se alcanza permaneciendo en la palabra, pero a su vez, esto sólo lo logran aquellos que adoptan una condición de discípulos. El

Señor nos aclara el significado de “permanecer en la palabra”, porque dice en *Juan 8:36* “Así que, si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres”. Acá ya no dice que la verdad nos hará libres, sino que es el Hijo quien nos hace libres. La palabra que nos hará libres es el Hijo mismo, es Cristo, el logos de Dios. Quiere decir que si permanecemos en el Hijo (quien es la palabra) seremos verdaderamente libres. En el griego, el vocablo original que se usa para traducir “palabra” es *logos*. Es el mismo vocablo que aparece en *Juan 1:1* “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”. En este verso, “*logos*” lo tradujeron como “Verbo”, y en esencia se refiere a “Cristo” en su condición primigenia antes de poseer un cuerpo. El vocablo es el mismo que se usa en *Juan 8:31* donde el Señor exhortó a Sus discípulos a “permanecer en el logos”. Quiere decir que si permanecemos en Él, en el “*logos*”, llegaremos a ser verdaderos discípulos.

Tengamos en cuenta que el Señor nos dijo que “permaneciéramos con Él”, esto en ningún momento significa que le hablemos, o que le cantemos, es únicamente “estar delante de Él”. Estar con Dios no es orar en voz alta, o en público, más bien es “permanecer” callados delante de Él. Interceder, cantar, gemir, orar corporativamente y otras acciones de hablar para dirigirnos a Dios tienen su lugar y su ocasión, pero no confundamos eso con “*permanecer con Dios*”. Tampoco debemos incurrir en procesos mentales bíblicos o de uso de la razón, más bien permanecer con Él es un asunto de “localización”. Cuando Adán cayó en pecado en el huerto, Dios llegó a buscarlo y le hizo una pregunta: “*Adán, ¿Dónde estás?*”; la pregunta no iba dirigida a querer saber la ubicación geográfica, sino que Dios percibió a Adán en otra dimensión, ya no “estaba” en el mismo plano donde Dios lo frecuentaba, sino que estaba evadiendo a Dios como su maestro; un verdadero discípulo debe permanecer delante de Dios.

El que permanece con Cristo, o sea, con el Logos, le acontecerá que conocerá la realidad. La realidad de Cristo es Su esfera divina, es lo que encontramos en nuestro espíritu, en otras palabras, es la acción de la contemplación. La Vida contemplativa es la manera en la que el Señor nos hace libres. El Señor está en nuestro espíritu, por lo tanto, es allí donde debemos estar para que el efecto de ello sea nuestra libertad. ¿Cómo hacemos esto? Sólo hay una manera: A través de "LA ORACION CONTEMPLATIVA".

Si queremos entender de manera sencilla la oración contemplativa podríamos decir que ésta es: "*El desprecio de nuestro consciente ordinario (o natural) y la atención sencilla y suave a la persona divina*". La manera más sublime y segura para estar con el Señor es a través de la contemplación. Pueda que existan otras maneras para estar en comunión con Dios, pero La Escritura y la experiencia de muchos místicos nos muestran que la manera más segura es la contemplación.

De manera más clara, “permanecer con Dios” es tener “comunión con Él”, es “posicionarnos delante de Él por medio de la fe”; si hacemos así, nos convertimos en verdaderos discípulos. Como ya dijimos, esta comunión de la que estamos hablando no se refiere a las reuniones de Iglesia, ni a ninguna otra actividad mística colectiva, sino a estar posicionado delante de Él de una manera personal. Hemos mal entendido que la comunión con Dios estriba en hablarle a Él verbalmente, sin embargo, bajo la óptica divina lo que importa es que “estemos” delante de Él.

El apóstol Pablo dice en *2 Corintios 3:18* “*Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu*”. Note que este verso no dice que somos transformados por “hablar en la presencia de Dios”, sino por “contemplar la gloria de Dios”. Fue la religión la que nos enseñó que tener comunión con Dios es

hablar solamente, pero la doctrina apostólica no nos enseña eso. Acerca de esto también podemos leer los siguientes versos:

1 Corintios 1:8 “el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprendibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. v:9 Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro”.

Hebreos 4:16 “Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna”.

Estos versos nos dicen claramente que nos llamaron a estar en “comunión con el Hijo”, a acercarnos a Él confiadamente. En ningún momento nos están diciendo que “le hablamos”, o que “oremos voz en cuello”, más bien, lo que nos dice es que nos acerquemos a Él bajo un sentido de territorialidad o de posición. Es acá donde entra la necesidad de orar contemplativamente, o de practicar la

oración contemplativa. Esta oración, como su nombre lo indica, no consiste en hablar, sino en contemplar al Señor. Al orar de manera contemplativa lo que hacemos es atender al Señor por medio del espíritu, lo atendemos no por medio de las funciones mentales, sino por el espíritu. Orar contemplativamente consiste en despreciar nuestro “yo”; es poner nuestra conciencia ordinaria a un lado, y darle una única importancia a Dios; esto es “permanecer con Él”.